30 de marzo de 2025 .

Sobre el general Custer y los indios bravos de Toro Sentado.

Texto para ser leído al término de la manifestación del 30 de marzo en Sevilla

El 30 de marzo los palestinos conmemoran el Día de la Tierra, un día de 1976 en el que la soldadesca israelí mató a tiros a seis jóvenes palestinos en las protestas por el robo continuo de tierras. Tenían la nacionalidad israelí, eran de los que llaman palestinos del 48, los hijos de los que lograron quedarse en la zona donde se implantó el estado sionista en el aquel fatídico 1948. En esta fecha todas las asociaciones de solidaridad con Palestina conmemoran la resistencia palestina a la desposesión de sus tierras, a los asentamientos de colonos en las tierras robadas, a la ocupación paulatina de todo el territorio, a su expansión por los países limítrofes y al aberrante régimen de apartheid israelí.

Este 30 de marzo los pueblos del mundo asisten impotentes y horrorizados a la fase final del genocidio por etapas de un pueblo y una cultura milenaria, planificado y llevado a cabo meticulosamente durante decenios, siguiendo un proyecto colonial anglosajón ideado hace ya más de un siglo.

Asistimos probablemente a los últimos asesinatos de masa previos a la expulsión de la población que logre sobrevivir. No hay comida. No hay medicinas. No hay donde refugiarse. No hay agua. No queda nada.

Mientras el Tribunal Penal Internacional delibera señudamente desde hace año y medio si hay pruebas fehacientes o no de «indicios de genocidio» los gobernantes israelíes lo proclaman a boca llena y a los cuatro vientos.

«El primer “sinwar” (les gusta inventar términos obscuros e incomprensibles para denominar sus crímenes de masa), el primer “sinwar”, acaba de decir su ministro de la guerra, destruyó Gaza y el segundo “sinwar” lo destruirá hasta los cimientos. Las cosas se van a poner mucho más difíciles y lo van a pagar muy caro. La evacuación (¡ le llaman “evacuación” como si fuera el traslado de población ante la amenaza de una catástrofe natural !), la evacuación de la población de las zonas de combate se reanudará pronto... Que liberen a los rehenes y eliminen a los miembros de Hamás y estudiaremos otras opciones, incluyendo la deportación a otras partes del mundo para aquellos que lo deseen. La alternativa es la destrucción absoluta. »

Rompieron el alto el fuego la madrugada del pasado 18 de marzo con una matanza masiva de más de setecientas personas mientras dormían entre escombros y lonas de fortuna. No es la primera vez, siempre hicieron lo mismo. Los acuerdos de Camp David y los acuerdos de paz de Oslo solo sirvieron para ganar tiempo y mejorar su imagen mientras se preparaban para la siguiente fase de asesinatos en masa.

No es el primer genocidio de la historia, pero si el más brutal y abyecto que se haya conocido. Hay quienes lo comparan con el genocidio de los indios de Norteamérica que siguió a la batalla de Little Bighorn en 1876 donde murieron el general Custer y dos centenares de soldados que se enfrentaron a los indios bravos de Toro Sentado. Percibida como una derrota humillante los blancos condenaron a toda la población indígena a morir, o refugiarse en campos de concentración a cielo abierto, llamados más tarde «reservas

indias», bajo el control despiadado de los ocupantes de sus tierras y diezmados por las enfermedades y la falta de medios de subsistencias.

No, no es comparable. Todos los anteriores genocidios se desarrollaron entre la pusilanimidad, el desprecio y la indiferencia de las potencias europeas que no hicieron nada para impedir los crímenes de genocidio. La diferencia está en que el genocidio palestino es posible con el apoyo declarado y confeso, verbal, económico y militar, de las potencias occidentales, incluido nuestro país. La diferencia está en que todos los países europeos somos culpables por acción y por omisión, y por ayuda militar y por aporte de mercenarios, y por intentar blanquear la imagen del régimen genocida.

Los dirigentes estadounidenses celebran estos crímenes con payasadas y bromas y con armas y con dinero, con muchísimo dinero. Y los países europeos, como el nuestro sin ir más lejos, naciones «soberanas e intervenidas» que diría el historiador Joan Garcés, aplauden sus gracietas y se aprestan a entrar en una economía de guerra para secundar los planes neocoloniales de los EEUU.

Lo que estamos presenciando rompe para siempre el mito de que nosotros, o cualquier otra nación occidental, respetamos el estado de derecho o somos los protectores de los derechos humanos, la democracia y los llamados valores de la civilización occidental. La barbarie de Israel es nuestra barbarie. Puede que nos cueste verlo así, pero, desde luego, el resto del mundo lo sabe desde hace ya mucho tiempo.

Pero a pesar de todo Palestina, las palestinas, y los palestinos resisten entre los escombros, la hambruna y los bombardeos dando un ejemplo de heroísmo que asombra al mundo y a la historia. Solos, indefensos, ante la barbarie y la indiferencia, y ante el racismo expreso del mundo occidental, resisten.

Andalucía ha sufrido también a lo largo de la historia épocas dramáticas que los contemporáneos pusieron en duda que pudieran ser superadas, pero siempre se logró salir adelante. A pesar de todos los pronósticos, gracias al empecinamiento en vivir de nuestro pueblo.

No podemos dejarlos solos. Tenemos la obligación de acompañarlos hasta el final. Su heroísmo no terminará, no puede terminar, con su desaparición. Nosotros tenemos que apoyar su heroica lucha por la supervivencia. Los pueblos son realidades de larga duración, los estados coloniales, por el contrario, son, vistos desde un punto de vista histórico, tinglados provisionales. Bastará que sobrevivan unos cuantos para que se salve la cultura palestina y puedan reconstruir su nación. Como sucedió tantas veces a lo largo de su historia milenaria. Su supervivencia será su victoria. Y cuando ellos celebren su victoria nosotros lo celebraremos con ellos.

Palestina vivirá desde el río hasta el mar.
Viva Palestina Libre
Viva la lucha del pueblo palestino